

19. GITANOS, QUINQUILLEROS... EL POBRE



“El gitano evoca
países lejanos”.

(FEDERICO GARCÍA LORCA)

Siendo niño recuerdo la gran expectación que había ante la llegada de estas personas que de cuando en cuando venían a nuestro pueblo, pasaban por las casas ofreciendo cacharros, telas... y lo mejor de todo: entretenimiento y diversión.

A veces venían con un mono que nos hacía reír, otras veces con un oso que nos daba miedo y las más de las veces con la cabra que bailaba. Niños como éramos íbamos tras de ellos. A veces también preparaban algún espectáculo en las eras, acrobacias, circo... e incluso algunas de las primeras películas en blanco y negro, por supuesto, las hemos visto gracias a ellos. Yo recuerdo todavía El Valle de las espadas y algo de El Gordo y el Flaco...

Nos decían nuestros mayores que tuviéramos cuidado con ellos, que no eran de fiar... Vuelvo la vista atrás y siento gratitud hacia estas personas que rompían la monotonía de los trabajos y los días siempre iguales. Nos hablaban de lo que había más allá de Mecerreyes y que ellos conocían por sus desplazamientos continuos y su estilo de vivir. Yo creo que, en el fondo, los niños sentíamos un poco de envidia por su manera tan peculiar de vivir y de trabajar.

Y lo que me causa una infinita ternura todavía es el recuerdo del pobre, ese hombre mayor que iba con el saco a la espalda pidiendo de casa en casa.

- ¡Madre, el pobre!

No había comodidades en este tiempo y se vivía al día, pero siempre había algo para él: un trozo de pan, un cacho de tocino, unas patatas, un huevo... No se conocía entonces la palabra solidaridad, pero nuestro pueblo daba de lo suyo, de lo que tenía para vivir. No existía el fenómeno del voluntariado, pero ahí estaba nuestra gente, poniéndose en el lugar del otro. Mecerreyes siempre ha sido un pueblo con “los brazos siempre abiertos”, de corazón noble, generoso y dispuesto. Éstas son nuestras raíces.

Ahora nos toca a nosotros...



20. SECCIÓN FEMENINA



“Primavera. Juegos.
Canciones. Educación.
Cultura. Risas...
¡Gracias!”.

Uno de los acontecimientos más sobresalientes y que seguramente todos recordaremos, pues nos sacó del cotidiano vivir a todos, especialmente a las mujeres y los niños, fue la presencia de la Sección Femenina en nuestro pueblo. No sé cuánto tiempo estuvieron, pero sí recuerdo lo bien que nos lo pasamos con estas chicas tan majas.

Calculo que vinieron hacia abril o mayo de 1969. Con ellas también despertó nuestra primavera (¡Y a los chicos un poco también el romanticismo!) Gracias a ellas nos llegó también una enseñanza más amena, pues en ella había lugar para los trabajos manuales, el deporte, la gimnasia y la música. Seguramente todos recordamos: Tiene la tarara unos pantalones... O lo de: Remírame, morena, remírame, yo te remiro porque eres muy bella y quiero que vengas conmigo a la sierra... Y esa canción tan romántica y tan triste del Conde Olinos... Más tarde me enteré que era el romance del Conde Niño: Madrugaba el Conde Olinos mañanita de San Juan...

No entro a enjuiciar lo que representaba en esos años la Sección Femenina, pero en el mundo en que vivíamos fue un soplo de aire fresco

en nuestras vidas que muy pronto iban a volar. En clase cantábamos, hacíamos trabajos manuales y gimnasia. ¡Nunca hasta entonces las clases habían sido tan divertidas!

Y como final de estos días tan especiales, el espectáculo que niños y niñas preparamos como despedida y homenaje a nuestra gente en el patio de las escuelas nuevas. Unas tablas de gimnasia, canciones y un adiós a un mundo que se iba haciendo más grande y que ya no cabía en Mecerreyes.

Otros mundos, otros paisajes, otros sueños iban a formar parte de él.



21. LA MATANZA

“Fiesta compartida. Trabajo. Alegría. Familia...”

Cuando el frío apretaba, y haciendo caso del refrán: “A todo cerdo le llega su San Martín”, ya se había echado el ojo al cerdo que por esas fechas había que sacrificar. El cerdo, la cabra, las gallinas, algún conejo tal vez... eran la base de la economía doméstica.

El día de la matanza no íbamos a la escuela, pues todos echábamos una mano a la hora del sacrificio del cerdo: unos chamuscando al cerdo y raspando los pelos, otros dando vueltas a la sangre para que no se cuajara y se pudiera emplear para la elaboración de las morcillas, otros preparando el almuerzo y otros estorbando. Cada uno tenía su misión. En definitiva, el día de la matanza, siempre en fechas frías, era la fiesta de la convivencia familiar.

El cerdo, una vez bien chamuscado, raspado y limpio, se le colgaba en una escalera y se le abría. Era la primera lección de anatomía experimental que recibíamos. A los niños lo que más expectación causaba y deseábamos, por encima de todo, era conseguir la vejiga, que después de limpiarla bien, inflábamos y golpeábamos en una pared para que se hiciera más larga y luego sirviese de zambomba.

Luego tocaba limpiar las tripas. Normalmente lo hacían nuestras madres y abuelas. Iban a las pozas en pleno invierno, a veces hasta con hielo, y las dejaban tan limpias como la patena, que decían entonces.

También recuerdo que se llevaba un trozo de carne al veterinario para que lo analizara y así evitar la triquinosis, que era una enfermedad que podía ocasionar la muerte. Y si estaba bien, que siempre estaba, pues más sano y natural que el cerdo de nuestro pueblo no había nada, se hacían las morcillas. Mientras tanto podíamos comer el morro, corteza a la brasa, mollejas, sadurilla... ¡Qué bueno estaba todo!

El caldo de las morcillas lo llamábamos caldo mondongo, y bien caliente lo tomábamos como si fuera sopa. A la gente mayor les gustaba mucho. Y éramos los chavales quienes llevábamos algún puchero a familiares y conocidos que lo apreciaban.

Después tocaba estazar, limpiar los huesos y picar la carne para los chorizos, adobar... ¡Qué sé yo cuántas cosas se hacían entonces tan bien!

Y en un pueblo como el nuestro, generoso por naturaleza, no podía faltar en una fiesta así el compartir: el cura, el secretario, el maestro, el médico, el veterinario, los abuelos, los tíos... ¡A nadie le faltaba su ración!



22. SANTOS Y CUMPLEAÑOS

“Un pajarito precioso
a mi aposento llegó,
posándose en mi frente
el sueño me despertó.
Le dije qué quería,
le dije sin cesar:
Es el santo de mi abuelo
que vengo a felicitar”.



“Al subir la escalera
pisé la cola al gato,
y entonces me acordé
que era el día de tu santo”.

(COPLAS POPULARES)

A mí siempre me ha gustado celebrar los cumpleaños y más cuando éramos pequeños, cuando sabías que ir al cumpleaños de tal o cual abuelo o tío era tomar una taza de chocolate en taza, que así sabe mejor, unas pastas de coco que me siguen trayendo recuerdos de infancia y beber el copín de moscatel. No era mucho lo que nos daban, pero qué bien nos sabía todo. Además corriendo teníamos que ir a la escuela, no sea que...

Todo el pueblo se enteraba de quién era el cumpleaños por los gritos de la chiquillada y su ir y venir calle abajo o calle arriba.

En Mecerreyes celebrar el cumpleaños era la fiesta de quienes ese día tan especial se sentían más familia y alegres y contentos iban a felicitar:

“Si tuviera mil pesetas
con gusto te las daría,
pero como no las tengo,
te felicito en este día”.

O bien:

“En una tacita de oro
metí la mano y saqué
el corazón de mi abuela
que ya nunca olvidaré”.



Hoy sí tenemos las pesetas o los euros, estamos hartos de chocolate y de pastas, pero echamos de menos el contacto con la gente, con la familia y los amigos. Nunca tenemos tiempo, siempre vamos deprisa y nos pasa que estamos tristes y nos falta el calor de la familia y los amigos, y el sabor de la fiesta, una presencia amiga y una palabra cercana... Por eso qué hermoso es escuchar de vez en cuando eso de que no nos olvidan, y de año en año: “te felicito en este día”.

23. SUENAN LAS CAMPANAS

*“Lágrimas. Sonrisas. Temores. Fiesta...
¡Siempre a nuestro encuentro!”*



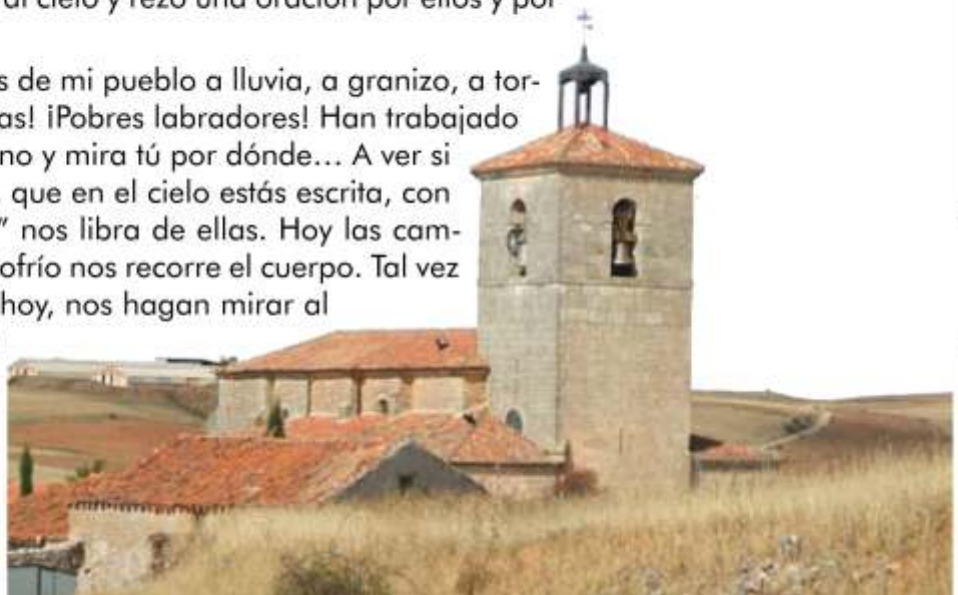
Suenan las campanas de mi pueblo a fiesta. Es alegre su cantar. Se celebra la vida.

Las campanas me despiertan y me llaman a celebrar la suerte de vivir. Me levanto con alegría y optimismo. Hoy las campanas suenan a resurrección, a vida recién nacida, a novia, a 50 años de amor, a fiesta... Siempre es fiesta cuando tañen así las campanas. Me visto corriendo de domingo y salgo con todos a celebrar. La vida siempre es una gran fiesta y las campanas de mi pueblo no paran de sonar.

Suenan las campanas de mi pueblo a luto y llanto. Y en el pueblo, cual reguero de pólvora, se corre la voz: “Ha muerto...”. Y nos quedamos en silencio. Un recuerdo, una plegaria, una lágrima... El tañido de las campanas es solemne y nos acompaña. Ya nadie nos podrá quitar ese dolorido sentir. Miro al cielo y rezo una oración por ellos y por nosotros.

Suenan las campanas de mi pueblo a lluvia, a granizo, a tormenta... ¡Pobres cosechas! ¡Pobres labradores! Han trabajado tanto en este duro invierno y mira tú por dónde... A ver si “Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita, con jabón y agua bendita...” nos libra de ellas. Hoy las campanas suenan y un escalofrío nos recorre el cuerpo. Tal vez las campanas, también hoy, nos hagan mirar al cielo. Mientras recuerdo el pareado que me enseñó la llumi:

*“Tentenublo, tente tú
que Dios
puede más que tú”.*



Con la mirada y el corazón de un niño

Suenan las campanas de mi pueblo: Una casa en llamas, el monte se quema, arden los rastrojos del bardal... Y enseguida las calles se llenan de voces y de gestos. Y todo Mecerreyes se vuelve hogar. Hoy no importan los roces, ni las distancias, ni los silencios tan prolongados... Hoy el sonido de las campanas nos hace hermanos. Hoy las campanas despiertan lo mejor de cada guileto y entre todos lo vamos a apagar. Hoy las campanas nos gritan que todo puede empezar de nuevo. Que sólo hay que querer.

Las campanas nos recuerdan la vida, que siempre es distinta. Acaba un día. Nace otro. Y todo comienza de nuevo. Unas veces se viste de azul, otras de verde o de blanco. Y nunca falta el rojo ni el negro. Las campanas de mi pueblo hoy tañen por ti y por mí.

Las campanas de mi pueblo han vuelto a sonar por la vida y por la muerte.

Las campanas de mi pueblo sí que saben de amor y de vida, de esperanza y de fiesta... ¡Dios mío, cuánto saben las campanas de mi pueblo!

Hoy he vuelto a oírlas. Me han devuelto mi infancia. Puedo dormir tranquilo. Sé que todo está bien.



24. EL CEMENTERIO

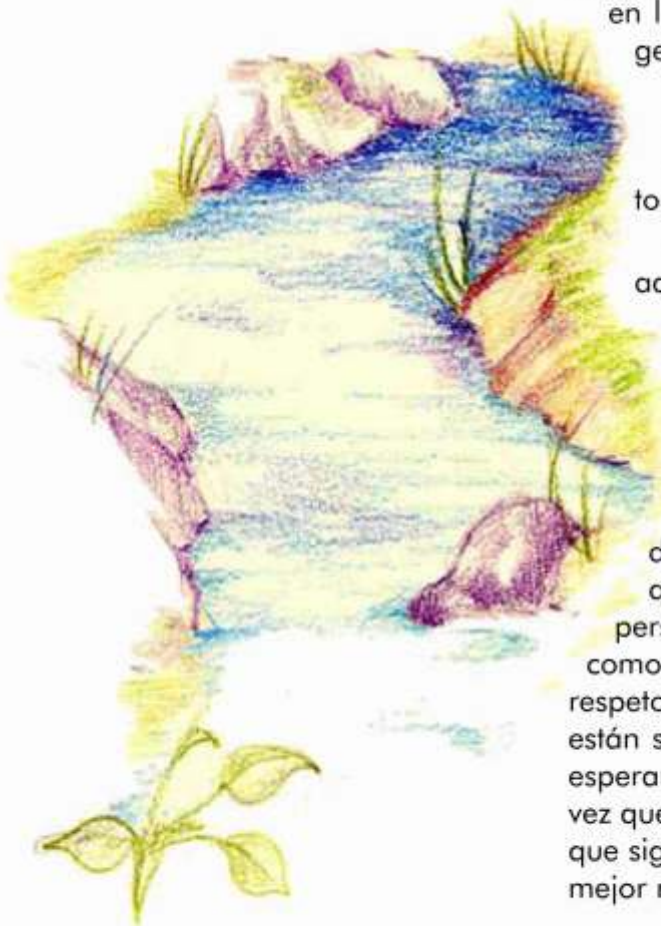
“Vivir en los corazones de quienes dejamos atrás es no morir”.

(THOMAS CAMPBELL)

Recuerdo de niño, en Mecerreyes, cómo descubrí la muerte. Como era monaguillo me tocó acompañar más de una vez al cura a dar la comunión a los enfermos. Nunca se me olvidará el silencio de la gente ante el paso del sacerdote con el Santísimo. Al toque de la campanilla, las personas que por allí pasaban se arrodillaban con un inmenso respeto. Los hombres se quitaban la boina y se arrodillaban, las mujeres se colocaban el velo y se santiguaban... Con el cura entrábamos los monaguillos a la habitación donde estaba el enfermo o la enferma, el sacerdote rezaba unas oraciones y le daba la comunión. Siempre en la mesilla había alguna imagen religiosa: la Virgen del Carmen, el Sagrado Corazón..., y un vasito de agua. Más de una vez he acompañado también al sacerdote a la casa donde había muerto alguien y veía reflejada la tristeza en el rostro de todos los familiares, amigos y paisanos.

Acompañábamos al muerto en su último viaje aquí en la tierra, desde su casa a la iglesia y después al cementerio. Al terminar no nos apetecía jugar a nada, porque estábamos tristes y ese día nos íbamos antes a la cama. La muerte en mi pueblo siempre ha sido cosa muy seria, solemne y triste. Y yo así la sigo viendo.

Cuando vuelvo al pueblo de visita o para quedarme algunos días, una visita obligada y muy querida por mí es al cementerio. Aquí recuerdo personas concretas que sintieron, amaron y vivieron como yo ahora, y siento un enorme agradecimiento y respeto por todas ellas. En las lápidas del cementerio están sus nombres. En mi corazón están sus vidas, sus esperanzas, sus sueños... Y cada vez que subo, cada vez que ante sus tumbas recuerdo y rezo, me doy cuenta que siguen vivos, que me hablan y que ellos han sido el mejor regalo.



25. NAVIDAD

“¡Feliz, feliz Navidad, la que hace que nos acordemos de las ilusiones de nuestra infancia, le recuerde al abuelo las alegrías de su juventud, y le transporten al viajero a su chimenea y a su dulce hogar!”

(CHARLES DICKENS)



Siempre he esperado con toda la ilusión la Navidad.

Navidad es volver a revivir mi infancia, esos primeros años de mi vida con tanta felicidad en mi casa, con mis padres, mis hermanos, mis abuelos, mis amigos y en un marco maravilloso, mi pueblo, sus gente, sus calles, el monte, la plaza, el estanque, los caminos, las pozas, el pilón, las Mambblas... Si recordar es vivir, hoy quiero revivir todo lo que ahora me ilusiona y que tuvo su comienzo en Mecerreyes. Hoy lo sé muy bien, allí están las claves y el inicio de lo que hoy da sentido a mi vida.

Cuando era niño, recuerdo que Navidad era ilusión y estremecimiento. Me quedaba extasiado mirando hacia el Portal que se hacía en la iglesia, entonces más sencillo que el de ahora, y el que hacían en la casa de la Ilumi. En mi casa no había espacio, pues éramos muchos y no daba más de sí. Bastante Belén tenían mis padres con los de dentro...

Niño como era, miraba siempre hacia la cueva y parecía que la luz que brillaba dentro iba a estallar de un momento a otro con un resplandor blanquísimo. Y creo recordar que allí, junto a la mula y el buey, estábamos todos: los ángeles, los pastores, la lavandera, los reyes... y hasta Herodes o el Camuñas, también él, pobrecito, tenía un hueco en el Belén. (En casa de la Ilumi al malo le llamábamos el Camuñas. Que había que llamarle Herodes me enteré más tarde).

Y todos en mi pueblo formábamos el gran Belén. Y nos queríamos tanto, que a todos, yo al menos lo veía así, les brillaba en los ojos una nueva esperanza.

En un rincón de la cueva, hacia la izquierda, por un lugar donde una especie de ventana mordía un pedazo de cielo cuajado de estrellas, me parecía que estábamos también nosotros, la buena gente de mi pueblo, todos, pequeños y grandes. Entonces yo pensaba que en

mi pueblo todos éramos familia. (Claro, era un niño y los niños siempre tienen los sueños más hermosos). Y mientras nos íbamos acercando al Niño, porque íbamos todos a darle un beso -hasta los hombres-, que entonces me llamaba mucho la atención, porque sólo daban besos las mujeres y las niñas... Decía que mientras nos íbamos acercando al Niño, parecía que sonreía, como alegre de ver que todavía hay personas que se quieren desde su sencillez.

Hoy, que soy un poco más mayor y menos inocente, por supuesto, recuerdo con emoción este tiempo maravilloso. Y por eso me sigue gustando la Navidad. Me devuelve la ilusión y la esperanza. Me hace sentir otra vez niño, como el Niño que se nos regala y que nos dice, con su vida, que lo único importante es el Amor, y que los mejores regalos son los que se hacen con el corazón.

Navidad: ternura, ilusión, paz, esperanza, alegría, luz, fiesta en familia y deseos de vivir.

Por eso, cada vez que alguien me felicita la Navidad, vuelvo la mirada y el corazón a la primera cuna, la que me vio nacer. Y así deseo que siga viva mi Navidad.

